

# EL DESARROLLO DEL PRIMER CAPITALISMO A PESAR DE LOS METALES PRECIOSOS DEL NUEVO MUNDO: UNA INTERPRETACION ANTI-WALLERSTEIN DE LA ESPAÑA IMPERIAL

DENNIS O. FLYNN

Según ciertos autores, el capitalismo empezó a adquirir su forma moderna cuando los Estados del «Centro» de Europa occidental establecieron una hegemonía comercial en la economía mundial de los siglos XVI y XVII. El trabajo forzado de la «Periferia» (primordialmente Latinoamérica y Europa oriental) creaba excedentes económicos que eran posteriormente transferidos a Inglaterra, los Países Bajos y el norte de Francia. La labor de los que proponen dicha idea es, por consiguiente, descubrir y explicar la índole de este dilatado proceso. Los defensores más conocidos de esta interpretación son André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein. Frank sostiene que el actual subdesarrollo de los países pobres ha sido efecto del desarrollo económico de la «metrópoli» (es decir, el Centro). Wallerstein añade la opinión complementaria de que el moderno desarrollo capitalista es imputable a muchos siglos de extracción del excedente de la Periferia<sup>1</sup>.

Esta llamada «nueva historia» es objeto de ataque. Los marxistas se han opuesto desde hace mucho tiempo a la idea de que las fuerzas externas puedan afectar la dialéctica interna del capitalismo<sup>2</sup>. Lo que han hecho, en efecto, Frank y Wallerstein es volver a abrir el debate sobre la cuestión del motor externo del capitalismo. Hace diez años, Laclau criticó a Frank porque, decía, una argumentación marxista consistente se centra en el modo de producción. La simple venta de productos en el mercado no constituye, en sí, capitalismo. Las relaciones sociales *dentro* de la esfera de producción son de importancia crítica. Por ejemplo, el capitalismo exige la existencia de trabajadores asalariados que no posean los medios de producción. El fallo de Frank reside en que denomina «capitalismo» a toda actividad orientada al mercado, al margen

<sup>1</sup> Véanse especialmente Frank (1970) y Wallerstein (1974a, 1974c y 1980). Según Mauro (1981, p. 45), la sombra de Wallerstein se proyecta siguiendo a Braudel, pues fue Braudel el primero en formular la visión de la «economía-mundo».

<sup>2</sup> Sweezy (1950) fue el iniciador de una viva polémica, una generación antes. El proponía, en efecto, una especie de versión marxista de la «tesis Pirenne», afirmando que la expansión del comercio internacional tuvo un papel instrumental en el desarrollo del primer capitalismo. La respuesta a la cuestión planteada por Sweezy ha sido reunida en Sweezy *et al.* (1978).

de la naturaleza del proceso de producción (esclavitud, servidumbre o trabajo asalariado). El estudio de la simple venta de productos es superficial e induce a confusión: *«al intentar situar la contradicción fundamental en el campo de la circulación antes que en el de la producción, no pueden sino quedarse a medio camino en la explicación de por qué el desarrollo genera subdesarrollo»*<sup>3</sup>. Laclau cita a Marx<sup>4</sup>:

El primer tratamiento teórico del modo de producción moderno —el sistema mercantilista— procedió necesariamente a partir de los fenómenos superficiales del proceso de circulación, como quedan singularizados en los movimientos de capital mercantil, y por ello sólo captó la apariencia de la cuestión... La verdadera ciencia de la economía moderna empieza solamente cuando el análisis teórico pasa del proceso de circulación al proceso de producción.

A pesar de ello, Wallerstein ha continuado elaborando el paradigma Centro-Periferia siguiendo las mismas coordenadas que Frank (y dando también un énfasis erróneo a la circulación frente a la producción, como veremos): *«permítaseme decir solamente que, en mi opinión, Laclau tiene razón con respecto a la letra del argumento de Marx, pero no con respecto al espíritu»*<sup>5</sup>. Lo cierto es que no hay que buscar mucho para hallar confirmación en Marx<sup>6</sup>:

El descubrimiento de oro y plata en América, la extirpación, esclavización y sepultamiento en las minas de la población indígena, el comienzo de la conquista y del saqueo de las Indias occidentales y de la transformación de Africa en una conejera para la caza comercial de pieles negras, anunciaron la rosada aurora de la era de producción capitalista. Semejantes modos de idílico proceder constituyen el impulso primordial para la acumulación primitiva. A ellos sigue, pisándole los talones, la guerra comercial de las naciones europeas, con la tierra toda como escenario.

<sup>3</sup> Laclau, 1971, p. 32.

<sup>4</sup> Laclau, 1971, p. 38.

<sup>5</sup> Wallerstein (1974a), p. 126. «La cuestión esencial, en mi opinión, es la relativa a la unidad de análisis apropiada para fines de comparación. Básicamente —aunque ni Sweezy ni Frank son demasiado explícitos en este punto, y a pesar de que tanto Dobb como Laclau hacen referencia a textos de Marx que parecen indicar claramente que son ellos los que siguen con mayor fidelidad a Marx—, yo pienso que Sweezy y Frank son más fieles al espíritu, si no a la letra, de Marx en el sentido de que, prescindiendo de Marx, nos aproximan más a una comprensión de lo que en realidad ocurrió, y lo que está ocurriendo, que sus oponentes» (Wallerstein, 1974c, p. 393). Wallerstein (1974c, p. 397) incluye a Mao Tse-Tung en el campo Frank-Sweezy.

<sup>6</sup> Marx, 1967, vol. I, p. 751.

Desde que se conociera la reformulación de Wallerstein, Robert Brenner ha explicado por qué la cuestión de la importación del excedente es desacorde con el marxismo tradicional<sup>7</sup>. Según Marx, el capitalismo se desarrolla allí donde el trabajo asalariado se ha liberado de los vínculos feudales, originándose así *internamente* el proceso dinámico innovador que exige un progreso material sostenido. El excedente se genera y regenera *dentro* del capitalismo. Brenner se centra en el aspecto de Marx de las «relaciones sociales de producción» —la creación de una clase trabajadora asalariada—. Las consideraciones de tipo interno son preeminentes. El capitalismo sólo se desarrolla cuando el obrero vende su fuerza de trabajo como mercancía. Los modos de producción anteriores eran inherentemente estáticos, pues carecían de la fuerza creativa de un sistema de trabajo libre.

Wallerstein afirma que el grano barato de Europa oriental aseguró, en gran medida, el desarrollo de Europa occidental, formando la base de una transferencia de excedentes de Este a Oeste. Brenner rechaza categóricamente semejante afirmación. Observa éste que el grano se producía en circunstancias diversas: unas veces en condiciones de subdesarrollo y otras de desarrollo. Europa occidental (especialmente los Países Bajos) llegó, con el tiempo, a producir grano de forma mucho más barata, arruinando con ello a su caro equivalente feudal del Este. La economía polaca estaba totalmente orientada a la exportación, pero su ineficacia sólo permitía la exportación de entre un 5 y un 7 por 100 de la producción total de grano<sup>8</sup>. Los altos precios de los cereales (a causa de la ineficacia) alteraron, en realidad, las condiciones comerciales a

<sup>7</sup> Brenner, 1977. El argumento de Wallerstein sobre Europa oriental es criticado por Hunt (1978). Pueden encontrarse referencias bibliográficas útiles en George (1980). Hay también, desde luego, algunas críticas favorables a Wallerstein (Lang, 1982; Meyer, 1982). No es extraño que los marxistas tradicionales rechacen la interpretación de Wallerstein, que es de tal índole que permite la clasificación de la URSS como potencia del Centro en una economía-mundo capitalista (1974c, p. 412; 1974b, p. 19). Wallerstein define, además, «proletario» de modo no marxista: «proletarios son todos aquellos productores directos de la economía-mundo, que crean más excedente del que necesitan para su reproducción y que no conservan todo el excedente que producen. El que la remuneración de su trabajo se haga en forma de salarios u otra forma determinada, es una cuestión de interés considerable en varios sentidos, pero no es un rasgo definitorio de su *status* como proletarios, ni tampoco la ausencia de una relación salarial significa que el trabajador no esté creando excedente exactamente igual al excedente que crea el trabajador asalariado» (Wallerstein, 1981, p. 231). «No hay hoy día sistemas socialistas en la economía-mundo, como no hay sistemas feudales, porque hay tan sólo *un* sistema-mundial. Es una economía-mundo y su forma es, por definición, capitalista» (Wallerstein, 1974c, p. 415). «Incluso si *todas* las naciones del mundo permitieran solamente la propiedad estatal de los medios de producción, el sistema mundial seguiría siendo un sistema capitalista, aunque sin duda los parámetros políticos serían muy distintos de lo que son hoy día» (Wallerstein, 1974b, p. 7). «Marx cometió un error histórico con respecto a Europa oriental, pero ello se debió en gran medida a que subestimaba las consecuencias político-económicas de la unicidad de la economía mundial» (Wallerstein, 1975b, p. 16). Véase también Wallerstein (1976).

<sup>8</sup> Brenner, 1977, pp. 69-70.

favor del Este: «Como resultado, el mercado possibilitó, en efecto, una cierta “transferencia de excedentes”, pero desde el “Centro” occidental a la “Periferia” oriental, más que lo contrario»<sup>9</sup>. La siguiente cita capta lo esencial de la oposición de Brenner a la hipótesis de Frank-Wallerstein<sup>10</sup>:

Precisamente porque la agricultura de Europa oriental se fundamentaba sobre el trabajo de siervos, no puede considerarse en modo alguno la forma de producción «más adecuada» para subvencionar —maximizando el producto disponible para la exportación— el desarrollo de la división mundial del trabajo. Por el contrario, precisamente por no ser (no obstante la aseveración de Wallerstein) «capitalista», no pudo desarrollar el potencial productivo lo bastante para asegurar el desarrollo a largo plazo del «Centro»... fueron, en efecto, las relaciones sociales clásicamente capitalistas de terrateniente-arrendatario capitalista-mano de obra libre, que surgieron en ciertas regiones del Centro europeo, las que más sirvieron para hacer posible el desarrollo de la productividad laboral en la agricultura, una tendencia hacia el desarrollo continuado de las fuerzas de producción.

El punto es claro: según Brenner, el marxismo nos dice que el Centro genera y regenera su propio excedente. No recibió, ni necesitó tampoco, el excedente de la Periferia<sup>11</sup>.

Dejando a un lado, de momento, la cuestión de las «necesidades» de excedente, ¿tenía la Periferia capacidad para esa acción de transferencia del excedente que se le atribuye? Un no marxista protesta que la Periferia no producía beneficios suficientes para que éstos hicieran gran diferencia. La crítica de Patrick O'Brien se sitúa en el nivel empírico:

Quisiera sostener que el comercio entre Centro y Periferia se realizó, en los tres siglos posteriores a 1450, en pequeña escala; no era un área empresarial singularmente lucrativa y, si es cierto que

<sup>9</sup> Brenner, 1977, p. 63. A pesar de que sólo el 5 ó 7 por 100 se exportara, no debe subestimarse su magnitud: «Solamente en el comercio por el Vístula había empleados unos 28.000 hombres», a comienzos del siglo XVII (Parker, 1979a, p. 326).

<sup>10</sup> Brenner, 1977, p. 60.

<sup>11</sup> Wallerstein parece haber restado importancia (pero no eliminado) a la cuestión de la extracción del excedente en su segundo volumen, que es mucho más compatible con la insistencia de Brenner en la productividad interna: «Lo que acaso sea algo diferente en este libro es la afirmación de que el éxito, en la competencia mercantilista, estaba primordialmente en función de la eficiencia productiva, y que la finalidad a plazo *medio* de toda política de Estado mercantilista era el incremento de la eficacia general en la esfera de producción» (Wallerstein, 1980, p. 38).

creó alguna exterioridad, no puede clasificarse como decisivo para el desarrollo económico de Europa occidental <sup>12</sup>.

Su argumentación se basa en evidencia inglesa de finales del siglo XVIII y principios del XIX. O'Brien afirma que los beneficios a largo plazo eran del 10 por 100 o menos. Además, la competencia entre empresarios redujo los precios de importación, beneficiándose con ello los consumidores (no los productores) europeos. Se calcula que, en 1841, un «descenso no superior al 3 ó 4 por 100 del producto industrial del Centro podría considerarse como el efecto probable a *corto plazo* de una total interrupción de importaciones» <sup>13</sup>. El comercio intercontinental —tan sólo una fracción del comercio internacional— fue insignificante hasta 1841. Dado que el volumen de negocios debió crecer con el paso del tiempo, O'Brien argumenta que el comercio intercontinental debe haber supuesto «solamente un pequeñísimo porcentaje de la exportación e importación» en los comienzos del período mercantilista <sup>14</sup>. Se admite que se obtuvieron amplios beneficios en la producción de azúcar, pero la competencia los eliminó: «De hecho, en el siglo XVI, los primeros participantes en el negocio del azúcar, especialmente los portugueses, lograron beneficios de explotación. Hacia la segunda mitad del siglo XVII... el comercio de esclavos parece haber sido competitivo en cada una de las distintas etapas de esta inhumana cadena de operaciones» <sup>15</sup>.

Es curioso que se singularice la producción portuguesa de azúcar. Sin pretender en modo alguno negar la importancia de la industria azucarera, hay que destacar que Wallerstein cimienta su tesis de extracción del excedente en el siglo XVI sobre una base dual: los metales preciosos hispanoamericanos y la agricultura de Europa oriental:

Así, en las áreas geoeconómicamente periféricas de la economía-mundo emergente había dos actividades primarias: minería, principalmente de metales preciosos, y agricultura, principalmente para ciertos alimentos. En el siglo XVI, la América española proporcionaba principalmente lo primero, mientras que Europa orien-

<sup>12</sup> O'Brien, 1982, p. 3. Davis y Huttenback (1982) dicen que la tasa de rendimiento de los negocios imperiales era más elevada que la de negocios británicos no imperiales (1860-1914), incluso restándole los costes militares.

<sup>13</sup> O'Brien (1982), p. 12. En un momento dado, Wallerstein quiere afirmar tanto que el comercio internacional decayó en términos de porcentaje del producto nacional bruto de Inglaterra, como que a pesar de ello su estructura social dependía «de los caprichos del mercado mundial» (1974a, p. 274). Así, también su afirmación: «a diferencia del período posterior a la Revolución Industrial, el capital fijo desempeñó [previamente] un pequeño papel en la economía industrial...» (1974a, p. 274), parece contradecir su punto central de necesidad-del-excedente.

<sup>14</sup> O'Brien, 1982, p. 4.

<sup>15</sup> O'Brien, 1982, p. 9.

tal proporcionaba fundamentalmente lo segundo. En ambos casos, la tecnología se basaba en el uso intensivo de mano de obra, y el sistema social, en la explotación del trabajo. En términos generales, el excedente iba destinado, de forma desproporcionada, a satisfacer las necesidades de la población de las áreas del centro. Las ganancias inmediatas de la empresa eran compartidas, como veremos, por grupos de las áreas centrales, grupos de comercio internacional y personal local supervisor...<sup>16</sup>.

El artículo de O'Brien tiene una sección dedicada a los metales preciosos del Nuevo Mundo, pero no hay referencia alguna a los beneficios de la minería. O'Brien nos recuerda que la tesis de Hamilton sobre la «inflación de beneficios» —que vincula la entrada de metales preciosos con el descenso de salarios y el aumento de beneficios— está refutada por la evidencia histórica<sup>17</sup>. Pero Wallerstein sostiene que no sólo «hubo un inesperado beneficio, sino que la inflación favorecía la inversión»<sup>18</sup>. Este ensayo es contrario a Wallerstein con respecto a las raíces de la inflación: los beneficios excedentes de la producción minera *no* se invirtieron en modos capitalistas<sup>19</sup>. Pero es aquí donde reside el problema en relación con la hipótesis de Wallerstein: en que no especifica en ningún momento el mecanismo mediante el cual el excedente pasa de la Periferia al Centro<sup>20</sup>. El papel de España como «correa de transmisión pasiva»<sup>21</sup> en la transferencia de plusvalía desde la Periferia al Centro

<sup>16</sup> Wallerstein, 1974a, p. 100.

<sup>17</sup> La evidencia histórica indica que los salarios iban atrasados con respecto a los precios agrícolas, pero no con respecto a los precios industriales (Nef, 1936; Outhwaite, 1969, p. 40). Los salarios descendieron, aparentemente, en España tan rápidamente como en Inglaterra, de modo que la compresión de beneficios de Hamilton hablando de España no pudo haber sido el motivo del estancamiento capitalista que allí se produjo (Nadal, 1959, pp. 523-4). La tesis de los beneficios es, no obstante, repetida por autores que no conocen bien el tema (Galbraith, 1975, p. 12).

<sup>18</sup> Wallerstein, 1974a, p. 83.

<sup>19</sup> Un descenso en el valor de mercado de la plata es, por definición, lo mismo que inflación cuando se habla de precios en contenido de plata (Flynn, 1982, de próxima aparición). El hecho de que el dinero (o los metales preciosos) faltaran durante la inflación en países determinados —el «problema de la cronología»— no es desacorde con la opinión de que la producción de metales preciosos causara la revolución de precios (Flynn, 1978).

<sup>20</sup> He podido encontrar pocos sitios donde Wallerstein hable (correctamente) sobre los *mecanismos* de transferencia del excedente: «el cobro de impuestos (en el Nuevo Mundo) por parte de la Corona... transferencia excedente de las Américas» (Wallerstein, 1980, p. 153); «los tributos, forma decisiva de redistribuir el excedente» (Wallerstein, 1974c, p. 404).

<sup>21</sup> Wallerstein, 1980, pp. 158, 185, 241. La analogía de la «correa de transmisión pasiva» se utiliza porque no considera a España ni como receptora de excedente (como el Centro) ni fuente del mismo (como la Periferia). España es, por consiguiente, algo intermedio: «semiperiférica». Wallerstein, generalmente, considera crucial la función de correa de transmisión, lo cual hace difícil la comprensión del siguiente pasaje: «A esta semi-

se afirma repetidamente, pero nunca se explica. Este estudio se centra precisamente en el mecanismo de transmisión del excedente.

Yo sostengo que los beneficios mineros del Nuevo Mundo fueron, en efecto, enormes. La negación de O'Brien de la capacidad generadora de beneficios del comercio intercontinental, a comienzos del período mercantilista, es injustificada. Es posible que O'Brien tenga razón al afirmar que la Revolución Industrial se generó internamente, que no dependía del comercio intercontinental. Es imposible entender el dominio de la Península Ibérica en el siglo xvi, por otra parte, sin adjudicar un papel central al comercio intercontinental. El beneficio excedente de las minas de la Periferia fue prodigioso, pero se dedicó a financiar guerras mundiales y no llegó a alcanzar el Centro.

Este ensayo ofrece un marco de trabajo que permite el análisis de la creación de excedentes en las minas americanas. En la sección I se afirma que se produjeron beneficios porque el valor de mercado de la plata excedía su coste de producción (aunque los beneficios terminaron por reducirse con el tiempo). Está todavía por intentarse un cálculo de la tasa de ganancia obtenida de las minas, pero no cabe duda sobre la evidencia indirecta que indica la existencia de beneficios gigantescos. La Corona española tuvo habilidad y tenacidad para llevarse la mejor parte de dichos beneficios. La sección II explica por qué descendieron los beneficios que producía el Nuevo Mundo. España dependía de las lucrativas minas para financiar su imperialismo militar. ¿Cómo, si no así, pudo un país atrasado dominar a lo largo de un siglo? El excedente se perdía en excesos militares, en aras del imperialismo de los Austrias. Es éste el punto crítico: los beneficios se derrochaban en la guerra y, por consiguiente, no llegaban al Centro. El error de Wallerstein sobre la importancia de las minas americanas en el primer desarrollo capitalista surge de la convicción de que el excedente estaba de alguna manera adherido a los metales mismos; cree que cuando el oro y la plata (en pasta o amonedados) salían físicamente de España, los beneficios les acompañaban. Y este error se debe a no haber sabido distinguir entre la «esfera de producción» (donde se produce el «excedente») y la «esfera de circulación» (donde ni se produce ni se transmite el «excedente»), según queda explicado en las secciones III y IV. Los beneficios del Nuevo Mundo financiaron la destrucción militar y el despilfarro, en una escala general sin precedentes. El capitalismo surgió a pesar de estos obstáculos.

periferia se le asigna, pues, una función económica específica, pero el motivo no es tanto económico como político. Es decir, podría sostenerse que la economía mundial, como tal economía, funcionaría exactamente igual sin la semiperiferia. Pero sería mucho menos estable *políticamente*, pues significaría la existencia de un sistema mundial polarizado» (Wallerstein, 1974c, p. 405). ¿Cómo podía la economía mundial funcionar «exactamente igual» sin España y sus metales preciosos en el panorama de Wallerstein? Y, además, la España de comienzos de la Edad Moderna guerreó continuamente a lo largo de casi dos siglos. ¿En qué sentido puso ello en peligro la estabilidad política?

## 1

Ningún intento se ha hecho hasta el momento para calcular la magnitud de los beneficios producidos por las minas de América hispana, no obstante la perspicaz insistencia de Vilar, en 1969, de que los beneficios mineros constituyen la variable esencial<sup>22</sup>. La zona minera más rica del mundo estaba en Potosí (en la Bolivia actual), y existían, además, docenas de otras minas de plata<sup>23</sup>. La producción de plata se multiplicó por ocho en la década posterior a que Francisco de Toledo introdujera el proceso de extracción de amalgama de mercurio en Potosí, a comienzos de los años 1570.

Hemos recordado estos hechos para mostrar que los estudios de coyuntura fundados en la hipótesis de un papel dominante de los metales preciosos no tuvieron en cuenta suficientemente los problemas de producción de estos metales; se han estudiado las llegadas a Sevilla, los precios en Europa, los tonelajes de la navegación atlántica y el consumo de mercurio. Faltan por estudiar los costes de producción sucesivos en las distintas minas que se relevan (México, Perú), las distintas fases de explotación, las innovaciones técnicas y las tasas de beneficio realizadas. El valor de los productos (para los metales o para cualquier otra cosa) depende de los costes de producción<sup>24</sup>.

El cálculo de la magnitud de las ganancias rebasa el ámbito de este estudio, pero ya hay personas que están preparando el terreno. Szászdi ha proporcionado recientemente un estudio excelente sobre las condiciones de las minas americanas. En él se habla de la constante lucha de los mineros contra el inevitable aumento de los costes de producción (debido al agotamiento de los filones, el alto precio del mercurio, la profundización de pozos, las inundaciones, etc.). En un principio, un solo indio podía extraer tres quintales de mineral al día; hacia 1594, dos indios obtenían solamente de medio a un quintal al día<sup>25</sup>. Hubo numerosas innovaciones que compensaron estas dificultades.

<sup>22</sup> Vilar, 1976, p. 122. Chaunu (1969, p. 269) afirma que los beneficios de las Américas eran 50 por 100 superiores a los del comercio asiático, pero esta conclusión parece ser algo impresionista.

<sup>23</sup> La riqueza de las minas de Potosí era, en los primeros tiempos, espectacular: «Podían obtenerse cien marcos de plata —o incluso más— de un quintal de mineral: el 50 por 100 del mineral era, por consiguiente, transformado en plata (aunque era bastante baja)» (Szászdi, 1981, p. 197).

<sup>24</sup> Vilar, 1976, pp. 122-123.

<sup>25</sup> Szászdi, 1981, p. 202. Tandeter (1981) explica que los operadores mineros traspasaron los costes de mano de obra a las comunidades indígenas mediante el sistema de la *mita*. El deja muy claro que la actividad minera del siglo XIX se había reducido mucho con respecto al período de auge de Potosí en los siglos XVII y XVIII.



Se libraba una continua batalla entre la tendencia de la naturaleza a hacer subir los costes y los esfuerzos españoles por reducirlos mediante el perfeccionamiento tecnológico. Puesto que la producción mundial de plata estaba depreciando gradualmente su valor, llegó un momento en que las circunstancias empezaron a hacerse adversas al Imperio. Pero las minas volvieron, una y otra vez, a ser productivas con la aplicación de innovaciones<sup>26</sup>: el trabajo forzado retribuido era barato; el procedimiento de amalgama de mercurio (inventado en 1555) salvó a la industria de la suspensión cuando fue introducido en Potosí, a comienzos de los años 1570 (fue reelaborado incluso el mineral previamente desechado hacía más de un cuarto de siglo); el empleo de hierba andina (*icho*) como combustible, en la década de 1570, redujo increíblemente el precio del mercurio; la Corona vendía mercurio en cómodas condiciones de crédito; un procedimiento a base de hierro eliminó el 90 por 100 de la pérdida de mercurio en 1587; una nueva técnica de refinamiento del mercurio redujo sus costes sustancialmente en 1590, impulsando a la Corona a rebajar el precio del mercurio en 1603; una nueva técnica permitió que se trabajaran provechosamente porciones de mineral previamente desechadas (*negrillos*) en 1602; en 1603, el uso de cobre y calizas redujo los costes<sup>27</sup>; la Corona estimuló deliberadamente la producción, reduciendo el *quinto* del 20 al 10 por 100 en algunos puntos.

No cabe duda alguna de que los beneficios fueron gigantescos. ¿De qué otro modo puede explicarse la existencia de Potosí, una «montaña de plata» deshabitada en 1545 y que en 1610 tenía 170.000 habitantes? A una altura aproximada de 4.000 m., Potosí tenía que importarlo todo (a excepción de unas pocas patatas), lo cual requería un viaje de dos meses y medio con bestias de carga desde Lima (que estaba a más de 1.600 Km.)<sup>28</sup>. Puede imaginarse el coste de aprovisionar a una de las mayores ciudades del mundo de esta manera. Y, sin embargo, las minas hispanoamericanas eran la envidia de toda cabeza gobernante del mundo occidental.

Vilar describe las minas de Potosí fundándose en los escritos, de 1585, de Luis de Capoche, propietario de máquinas machacadoras de mineral. La mano de obra era escasa y, en ocasiones, los concesionarios mineros aceptaban, en un principio, que un obrero indio podía extraer «todo el material que puede en un día, y sale con la carga máxima que es capaz de llevar»<sup>29</sup>. La ri-

<sup>26</sup> Szászdi, 1981, pp. 202-210.

<sup>27</sup> «Y por lo que respecta al uso del cobre, se dice que fue tan importante como la introducción del mercurio treinta años antes» (Szászdi, 1981, p. 202).

<sup>28</sup> Vilar, 1976, p. 131. Algunas mercancías eran incluso transportadas 2.400 kilómetros desde Buenos Aires. El puerto del Pacífico más próximo estaba a 500 kilómetros, en Arica (Vilar, 1976, p. 120). Los dos productos más esenciales —mercurio y plata— se transportaban con las mismas reatas de mulas (en direcciones opuestas) entre Arica y Potosí (Szászdi, 1981, p. 200).

<sup>29</sup> Vilar, 1976, p. 124.

queza de los filones variaba. Algunos eran pobres, pero podían llegar a tener «entre 2 y 6 pies de espesor»<sup>30</sup>. Se reclutaba a los indios jóvenes mediante un sistema tributario de trabajo obligado, la *mita*, que los españoles impusieron a las comunidades indígenas: «Los más pobres tenían que marchar con sus familias... Las necesidades de las minas —entre 13.000 y 17.000 “mitayos” por año— ponían en los caminos a masas de gente, que representaban más de 40.000 personas»<sup>31</sup>. Con la introducción del procedimiento de amalgama de mercurio en la minería y el sistema *mita* de mano de obra barata, a comienzos de los años 1570 se concede al virrey Francisco de Toledo el mérito de «haber salvado la industria minera del Perú, y especialmente la de Potosí»<sup>32</sup>. El sistema de la *mita* y el trabajo de esclavos eran muy duros, pero también había mano de obra libre. Durante los años de mayor auge era tan escasa la mano de obra que la venta del derecho a mitayos podía llegar a ser más lucrativa que la minería misma<sup>33</sup>. Al decaer los beneficios de la minería en el siglo XVII, el derecho a obreros se hizo menos valioso: «en muchas operaciones de las minas de Potosí, se estaban aceptando tributos monetarios en lugar de la *mita* o trabajo obligado a que tenían derecho, prefiriendo aquel ingreso a cualquier beneficio que pudieran producir las minas»<sup>34</sup>.

El abastecimiento de la ciudad era increíblemente caro. Los productos europeos habían de ser transportados a Panamá y desde allí a Lima, antes de iniciar el viaje de 1.600 Km. hacia las montañas: «al no disponerse de alambre de hierro, los tamices [para el mineral machacado] llegaron a hacerse con hilo de plata»<sup>35</sup>. No obstante ello, Potosí es una de las ciudades de más súbito enriquecimiento de la historia. Y había otras muchas, entre las cuales la más famosa, después de Potosí, era Zacatecas, en México<sup>36</sup>.

La Corona de Castilla consiguió obtener un porcentaje sustancial del excedente generado por las minas. En primer lugar, estaba el 20 por 100 del impuesto cobrado en Perú sobre el metal extraído, el famoso *quinto*. El propio Gobierno explotaba la importantísima mina de mercurio de Huencavelica (próxima a la costa peruana); el precio del mercurio se regulaba para generar beneficios al Gobierno (frente a continuas protestas de que se reducían los beneficios de las minas privadas)<sup>37</sup>. Cuando los metales preciosos llegaban a Sevilla, la acuñación obligada suponía un nuevo ingreso para la Corona en forma de impuesto de monedaje. Los tributos domésticos de Castilla representaban la

<sup>30</sup> Vilar, 1976, p. 121.

<sup>31</sup> Vilar, 1976, p. 128.

<sup>32</sup> Szászdi, 1981, p. 199.

<sup>33</sup> Vilar, 1976, p. 124.

<sup>34</sup> Davis, 1973, p. 159.

<sup>35</sup> Vilar, 1976, p. 125. El elevado precio de los productos de plomo es interesante, dada la abundancia de mineral de plomo de Potosí (Szászdi, 1981, p. 197).

<sup>36</sup> Bakewell, 1971.

<sup>37</sup> Szászdi, 1981, p. 192.

mayor parte de los ingresos de la Corona, pero la actividad minera daba origen a una porción sustancial de las empresas interiores que rendían tributos<sup>38</sup>. Sevilla era casi tan populosa como Potosí a finales del siglo XVI, con una población de casi 150.000 habitantes en 1588<sup>39</sup>. Los motivos del meteórico ascenso de Sevilla son claros: «más que ninguna otra cosa, lo que transformó a Sevilla de una provinciana ciudad andaluza de puerto en una floreciente metrópoli internacional —una nueva Babilonia, como la denominaban los coetáneos— fue el descubrimiento del Nuevo Mundo»<sup>40</sup>. Como puerto de tránsito con el Nuevo Mundo, Sevilla atrajo a poderosos comerciantes y financieros de toda Europa, entre los cuales fueron los más prominentes los genoveses y los Fugger. Los genoveses adelantaban préstamos marítimos a particulares, cobrando hasta un 50-60 por 100 a los pasajeros y 80-90 por 100 a los patrones de barco<sup>41</sup>. Semejantes préstamos tenían, sin duda, riesgos, pero los prósperos genoveses comprendieron «que su posición económica estaba cimentada en el comercio americano, que era lo único que podía proporcionarles el flujo regular de capital que exigía la Corona»<sup>42</sup>. Utilizando futuras remesas de metales preciosos como garantía, el Gobierno recibía préstamos con mucha mayor facilidad que los burócratas de hoy: la deuda pública era 10-15 veces mayor que el total de las rentas anuales de la Corona<sup>43</sup>. Se produjeron repetidas quiebras (en 1557, 1560, 1575, 1596, 1606...), pero unas tasas de interés que llegaron hasta el 40 por 100 (en épocas de penuria) convencieron a los prestamistas a aceptar el riesgo<sup>44</sup>.

No se pueden separar las actividades comerciales de los genoveses de Sevilla de sus relaciones financieras con los monarcas españoles, en el siglo XVI... Una parte considerable de las fortunas he-

<sup>38</sup> Elliot (1961, p. 70) señala que aproximadamente un 70 por 100 de las rentas reales de Castilla provenían de los tributos interiores. Mi argumento es que una gran proporción de las empresas interiores sometidas a impuestos eran imputables al comercio del Nuevo Mundo.

<sup>39</sup> Kamen, 1976, p. 21.

<sup>40</sup> Pike, 1962, p. 370n.

<sup>41</sup> Pike, 1962, p. 357.

<sup>42</sup> Pike, 1962, p. 377.

<sup>43</sup> Parker, 1979b, p. 188.

<sup>44</sup> Kellenbenz, 1967, p. 348. Las tasas de interés del 40 por 100 no deben haber sido muy frecuentes, pero, aparentemente, el 20 por 100 sí lo era. Véase Parker (1972, p. 151). Aquí se producía una especie de círculo vicioso porque las altas tasas de interés exacerbaban la presión financiera y apresuraron la quiebra, pero también desviaban la amenaza de quiebra. El problema a largo plazo era, desde luego, el excesivo endeudamiento. Ruiz Martín (1973, p. 737) afirma que los déficits del Gobierno forzaron la salida de la empresa privada del mercado de capital; en términos económicos modernos, el *crowding-out* sirvió para la destrucción de la economía interior. Elliot (1961, p. 67) corrobora esta opinión: «Incluso pudiera ser que censos y juros hubieran sido deliberadamente pensados para apartar el dinero de empresas arriesgadas y llevarlo hacia más seguros canales que no reportaban beneficio alguno al desarrollo económico de Castilla.»

chas con el comercio americano se dio en préstamos a Carlos V y Felipe II <sup>45</sup>.

Se produjeron repetidas apropiaciones de fortunas privadas cuando no era posible negociar préstamos; se forzaba a los propietarios a aceptar bonos perpetuos del Gobierno, llamados *juros* <sup>46</sup>.

En suma, la Monarquía reclamaba aproximadamente la cuarta parte del metal precioso registrado antes de que éste llegara a España, pero esto no era más que una parte de su botín. La acuñación obligada generaba ingresos de monedaje. Los tributos de Castilla eran los más elevados de Europa —originando, posiblemente, hasta dos terceras partes de los ingresos de la Corona—, pero el sector de exportación generaba gran parte de las actividades que rendían impuestos. Se confiscaban los metales preciosos. Pero los gastos de la Corona siempre superaban los ingresos. El déficit se financiaba con la obtención de préstamos en una escala sin precedentes. La finalidad era, desde luego, la guerra.

## II

España tuvo bastante habilidad para captar el excedente de la Periferia, si consideramos la labor burocrática; aunque, aparentemente, surgió más adelante un problema de contrabando de metales preciosos <sup>47</sup>. Incluso si la Monarquía hubiera sido más capaz para aumentar sus ingresos, ello no habría hecho sino retrasar la inevitable quiebra <sup>48</sup>. Las cuestiones son realmente

<sup>45</sup> Pike, 1962, pp. 355-56.

<sup>46</sup> Vilar, 1976, p. 145.

<sup>47</sup> Según Morineau, la entrada de metales preciosos no registrados aumentó en alguna ocasión durante el siglo xvi, triunfó en los años 1630 y hacia 1660 se hizo tan general que sólo la Corona registraba los metales preciosos. El llama la atención sobre un cargamento que arribó al puerto de Santander en 1659: contenía cinco veces mayor cantidad de metales que las cifras de Hamilton para todo el quinquenio. En efecto, solamente una quinta parte del mismo había sido registrada, y todo ello no es sino «la punta del iceberg». Se presenta una curva (sin rótulo en el eje vertical, por lo que no se sabe cómo se han agregado la plata y el oro) en la cual se muestra que llegaba anualmente más cantidad de metales a España en la segunda mitad del siglo xvii que en el siglo xvi (Morineau, 1981, pp. 252-53). Quizá el hecho de no registrar el metal precioso fuera una respuesta racional al descenso de los beneficios. Szászdi no está de acuerdo con la idea de que el fraude fuera tan general: «Suponer, como han hecho algunos autores, que [el fraude] representara entre un 50 y un 100 por 100 es pura fantasía... Hay que distinguir entre el fraude en Sevilla y el fraude en el lugar de origen del metal... un fraude de 50-100 por 100 en Sevilla requeriría un aumento similar en las cifras de producción... Mi impresión es que el fraude se incrementó desde fines del siglo xvi en adelante entre la población española... Me parece razonable añadir un 10 por 100 a las cifras de producción registradas como proporción del mineral no registrado» (Szászdi, 1981, páginas 171-174).

<sup>48</sup> La inevitabilidad de la caída imperial está tratada en Flynn (1982).

dos: ¿por qué decayeron inexorablemente los beneficios imperiales y qué se hizo con ellos?

Los beneficios se redujeron por ambas partes: 1) el agotamiento de las minas elevó el coste real de producción por unidad de plata; 2) el valor de mercado de la plata decayó sostenidamente. Esto último —la caída del poder adquisitivo de la plata— es, por definición, inflación, puesto que los historiadores de los precios han convertido los precios nominales (es decir, observados) en precios «en contenido de plata»<sup>49</sup>. Las reservas de plata mundiales (con las nuevas aportaciones, principalmente, de Norteamérica, Japón y Europa central) crecieron más rápidamente que la demanda. Una elevadísima producción seguiría originando beneficios por encima de lo normal, en cualquier mina, mientras el valor de mercado del producto siguiera excediendo el coste de producción. Los beneficios extraordinarios desaparecieron cuando cayó el valor frente a los costes de producción. Una vez que dicho valor se igualó al coste de producción, tendió a permanecer así. El valor de mercado no descendería más porque no podría mantenerse por debajo del coste de producción: ello implicaría un beneficio económico negativo. Había concluido el siglo de los precios en alza (dominado por la plata).

Las dificultades fiscales preocupaban a la España de los Austrias. Las múltiples guerras exigían un enorme poder adquisitivo. El aumento en el volumen de las importaciones de la plata de la Corona compensó con creces la caída de su capacidad adquisitiva por unidad en el siglo xvi; es decir, el poder adquisitivo del Gobierno se incrementó durante cierto tiempo. Pero los gastos militares se elevaron con mucha mayor celeridad que los ingresos, lo cual hizo necesario el aumento tributario y un fuerte endeudamiento (con la garantía de futuros ingresos en el tesoro). La cantidad del tesoro de la casa real disminuyó también en el siglo xvii, mientras continuaba el declinar del poder adquisitivo de la plata por unidad. La circulación de menor número de piezas de plata —cada una con su valor disminuido, además— intensificó la pesadilla financiera. La capacidad adquisitiva total de la Corona se redujo, en un momento en que la tecnología bélica era más costosa y crecían los ejércitos extranjeros. No es extraño que el Imperio se desmoronara.

España estaba más profundamente implicada en la guerra que ningún otro país: el peligro otomano en el Mediterráneo, el control de Italia del Norte, Europa central, Francia, Inglaterra, las Indias occidentales, las Indias orientales, las rebeliones internas y, sobre todo, los ochenta años de guerra en los Países Bajos. Geoffrey Parker habla del «camino español» —que se extendía desde Lombardía a los Países Bajos— como un «sendero Ho Chi Mihn»<sup>50</sup>. La analogía —el Vietnam español de ochenta años— no es descabellada. El

<sup>49</sup> Véase la nota 19.

<sup>50</sup> Parker, 1972, p. 68.

financiar un ejército permanente de 65.000 hombres a lo largo de casi todo un siglo no es precisamente una nadería para un país atrasado, de seis o siete millones de habitantes:

El fracaso final no se debió, desde luego, a no haberlo intentado en serio. Los impresionantes esfuerzos de España para lograr su meta no tienen parangón en los comienzos de la historia moderna... Entre 1585 y 1603, por ejemplo, Isabel de Inglaterra envió a los holandeses casi 15 millones de florines, esfuerzo que la arruinó, y Enrique IV de Francia les envió con gran dificultad otros 10 millones de florines entre 1598 y 1610 (ambos esperaban su futura devolución); pero en la década de 1590, España envió casi esa cantidad en cada año <sup>51</sup>.

La tesorería militar de los Países Bajos recibió de Castilla no menos de 218 millones de ducados durante el período 1566-1654, casi el doble de la parte de metales preciosos americanos correspondiente a la Corona durante dicho período <sup>52</sup>. Si hubiera sido posible, se habría enviado aún más. El ejército de Flandes se amotinó 45 veces entre 1572 y 1607 (casi la mitad de ellas después de 1596). Muchos de estos motines se prolongaron un año y hasta más <sup>53</sup>. El problema: años enteros de salarios impagados. No deja de ser irónico que Felipe II se declarara en quiebra en una ocasión, con la esperanza de controlar a su propio ejército: «Es notable que la tercera quiebra de Felipe II (29 de noviembre de 1596) tuviera escaso efecto sobre los ingresos de la pagaduría [de los Países Bajos]. En realidad, el rey suspendió los pagos de su tesorería sólo cuando hubo llegado del Nuevo Mundo un gran cargamento; pudo transferir este dinero a Holanda porque los Fugger habían quedado excluidos de los efectos de la bancarrota y continuaron, por consiguiente, sirviendo al monarca que con tanta frecuencia les injuriaba, pero que tanto les debía» <sup>54</sup>. Y no hay que olvidar que había también soldados en otros puntos: Carlos V estaba al mando de 150.000 hombres en 1552, y Felipe II tenía 300.000 soldados de campaña en 1625 <sup>55</sup>.

En el interior, España estaba atrasada, «una economía más próxima, en muchos sentidos, a la de una nación de Europa oriental como Polonia —que explotaba materias primas e importaba productos de lujo— que a las econo-

<sup>51</sup> Parker, 1979a, pp. 264-5.

<sup>52</sup> Parker, 1979b, p. 188.

<sup>53</sup> Parker, 1972, p. 185.

<sup>54</sup> Parker, 1972, p. 247n.

<sup>55</sup> Parker, 1972, p. 6.

mías de los Estados de Europa occidental»<sup>56</sup>. Pero, internacionalmente, España ostentaba la más poderosa fuerza militar del mundo.

### III

Así, pues, para asombro de los extranjeros, toda la plata del Perú no pudo convertir a España en un país rico. El tesoro americano contribuyó a pagar las guerras del emperador y amasó las fortunas de los banqueros genoveses, pero sólo una escasísima cantidad de aquella plata se invirtió en producción que sirviera para superar el atraso económico del país<sup>57</sup>.

Dado que España gastaba el excedente obtenido en las minas de la Periferia, ¿cómo pudieron los capitalistas acumular dichos beneficios en el Centro de Europa noroccidental? La respuesta es que no pudieron. Tengo la impresión de que no se pueden derrochar los recursos y acumularlos al mismo tiempo.

Al menos desde los tiempos de Adam Smith, el «bullionismo», una forma primitiva de mercantilismo, ha sido muy criticado. Los «bullionistas» confundían la posesión de metales preciosos con la creación de riqueza, argumentando erróneamente que la acumulación de estos metales mejoraba la situación económica de un país. Wallerstein es un bullionista más<sup>58</sup>:

¿Había entonces alguna justificación para el interés mercantilista en la producción de metales preciosos? Sí, la había. Porque la circulación de oro y plata como *moneda de cambio* era uno de los mecanismos mediante los cuales el poder hegemónico se aseguraba una ventaja más<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> Elliot, 1961, p. 62. Véanse también Carande (1965, p. 340) y la polémica entre Israel (1981) y Kamen (1981).

<sup>57</sup> Koenigsberger, 1958, p. 322.

<sup>58</sup> «En el siglo XVII, el siglo del mercantilismo, España y Portugal no llegaron a ser, no pudieron ser, mercantilistas, y quedaron por ello transformados en Estados semiperiféricos, correas de transmisión para los intereses de las potencias del Centro en las regiones periféricas» (Wallerstein, 1980, p. 158). Wallerstein (1974a, p. 193) afirma, de hecho, que uno de los problemas ibéricos fue que no eran lo bastante mercantilistas.

<sup>59</sup> Wallerstein, 1980, p. 109. Por alguna razón, se pretende que creamos simultáneamente que las potencias del Centro se beneficiaban cuando eran abundantes los metales preciosos y que los beneficios se acrecentaban cuando el suministro *no* era abundante: «Una oferta en descenso [de metales preciosos] fue de utilidad para el poder hegemónico a comienzos del siglo XVII porque Holanda, gracias a sus ventajas productivas y comerciales, podía atraer los metales preciosos de forma desproporcionada» (Wallerstein, 1980, p. 111).

La argumentación bullionista es defectuosa porque puede acumularse la cantidad de oro y plata (en bruto o amonedada) deseada simplemente intercambiándolos por mercancías. La gente pobre no puede acumular metales preciosos en cantidad porque tiene pocas cosas que ofrecer a cambio; el problema es de pobreza, no de «escasez» de oro y plata. Cada parte se beneficia del intercambio voluntario, de otro modo no estarían dispuestos a participar en él; pero no se puede afirmar que el receptor de metales preciosos se beneficie más que el vendedor. Estos metales son como cualquier otra mercancía: se venden cuando su propietario recibe a cambio un valor considerado como más estimable.

Pero Wallerstein insiste, no obstante, en que los metales preciosos eran una mercancía necesaria y con características especiales. Los productos suntuarios traídos de Asia eran secundarios con respecto a los alimentos, pero «también quedan en segundo lugar con respecto a los metales preciosos, no como tales metales preciosos atesorados, sino como dinero (aunque era cosa de magia que los metales preciosos pudieran ser utilizados como dinero, estando la magia en la posibilidad de su uso eventual como mercancía, si fuera preciso)»<sup>60</sup>. Ahora bien, es indudable que uno de los rasgos que hace atractivo al dinero-mercancía es que su valor como moneda no puede descender muy por debajo del valor de mercado del metal que contiene. Es decir, las monedas pueden fundirse<sup>61</sup>. Wallerstein percibe correctamente que el valor intrínseco es fuente de confianza en la moneda para el consumidor. Se equivoca en su convicción de que *más* metales preciosos y *más* moneda inspiren *mayor* confianza, mitigando en cierto modo «la psicología colectiva del miedo»<sup>62</sup>.

Y, por lo tanto, sin ellos [los metales preciosos] Europa hubiera carecido de la confianza colectiva para desarrollar un sistema capitalista, en el cual la ganancia se basa en diversos aplazamientos del valor realizado... el metal precioso debe ser considerado como un ingrediente esencial de una economía-mundo próspera<sup>63</sup>.

<sup>60</sup> Wallerstein, 1974a, p. 333. Este punto se repite en su segundo volumen: «La producción de oro y plata como mercancía convirtió a las Américas en área periférica de la economía-mundo europea en la medida en que esta mercancía era esencial para el funcionamiento de dicha economía-mundo, y era esencial en la medida en que se utilizaba como *dinero*» (Wallerstein, 1980, p. 109).

<sup>61</sup> También puede decirse lo opuesto: los metales preciosos pueden acuñarse. Si el valor de mercado de los metales preciosos desciende hasta el precio de acuñación, dichos metales se acuñan. El valor de la plata como moneda no puede desviarse mucho de su valor como metal precioso. Por ello puede comprenderse con mayor facilidad la inflación de los precios en contenido de plata mediante el análisis del mercado de plata. Véase Flynn (1982, de próxima aparición).

<sup>62</sup> Wallerstein, 1974a, p. 46.

<sup>63</sup> Wallerstein, 1974a, p. 46.



Si recordamos que se define inflación como un descenso del poder adquisitivo de la moneda, se hace patente la falacia de semejante razonamiento. Aquella evidencia del siglo xvi de la que se deduce que los precios en contenido de plata se triplicaron, por ejemplo, indica que el valor de cambio de la plata (con respecto a un grupo de bienes de consumo dado) descendió hasta un tercio de su nivel anterior. Sencillamente, la plata tenía menor poder adquisitivo frente a otros productos (en última instancia, debido a su menor coste de producción). Un caso hipotético puede ilustrar este punto. Si la mercancía  $x$  no hubiera sufrido ninguna alteración en coste real de producción (tierra, trabajo y capital necesarios) en todo un siglo, entonces se intercambiaría tres veces más plata por una unidad de  $x$ . ¿En qué modo perdería una persona confianza al entregar más piezas de una mercancía de menor valor (moneda) si el coste real del objeto adquirido no había variado? Considerando solamente el descenso del poder adquisitivo de la plata, se recibiría tres veces más cantidad de plata en salario y se pagaría tres veces más cantidad de plata por una unidad de  $x$ . La persona no se sentiría ni más ni menos satisfecha (o confiada)<sup>64</sup>.

Según Wallerstein, era importante lograr el acceso a nuevas cantidades de metales preciosos porque ello creaba confianza. La prosperidad holandesa se debía, al menos parcialmente, a sus «relaciones económicas [...] con España, relativamente intactas a pesar de la agitación política»<sup>65</sup>. A Inglaterra le fue negado el acceso a los decisivos tesoros americanos porque «Inglaterra representaba todavía una amenaza excesiva para España como para que se le permitiera este tipo de relación»<sup>66</sup>.

<sup>64</sup> Prácticamente todos los estudios regionales demuestran que los salarios reales descendieron en el siglo xvi. Wallerstein (1980, p. 29) nos proporciona referencias sobre esta cuestión. No existe, sin embargo, una explicación satisfactoria que pueda conectar la reducción de salarios reales en Europa con los avances en tecnología minera de América. Si prescindimos del descenso de salarios (un fenómeno, en cualquier caso, no imputable a la plata) y de la guerra que los metales preciosos posibilitaban por el momento, las personas particulares del Centro no serían afectadas por la inflación de precios en contenido de plata.

<sup>65</sup> Wallerstein, 1974a, p. 213.

<sup>66</sup> Wallerstein, 1974a, p. 213. Wallerstein afirma que cabe la posibilidad de que un país llegue a ser grande a base de préstamos (a pesar de que el endeudamiento de zonas no centrales se denomina gravoso «peonaje de deuda» en otro lugar). Inglaterra logró, en cualquier caso, acceso a los metales preciosos americanos pidiéndolos en préstamos a los holandeses: «La relación simbiótica entre una potencia anteriormente hegemónica y otra en proceso de ascenso, proporcionó saneados ingresos de jubilación a la primera y un decisivo impulso frente a sus enemigos a la segunda» (Wallerstein, 1980, p. 218). Inglaterra superó a Francia «gracias al apoyo financiero que la inversión holandesa proporcionó al Estado inglés. Los intereses holandeses crearon un nivel de confianza que hizo posible la creación del Banco de Inglaterra, y permitió a dicho banco sobrevivir a la crisis del Mar del Sur» (Wallerstein, 1980, p. 285).

El imperio [de los Austrias] podía haber fracasado, pero el control de la economía-mundo europea dependía aún del acceso a la riqueza colonial española. Holanda, si bien en revuelta contra España, seguía siendo parte de ella. Y, en cualquier caso, no era una amenaza política, como Francia e Inglaterra <sup>67</sup>.

Evidentemente, Wallerstein cree que España elegía a los destinatarios de su tesoro americano. Si ello fuera así, España habría decidido el envío de plata a China e India. Y si fuera correcta la idea de Wallerstein sobre los metales preciosos, China e India habrían generado en abundancia un capitalismo con altos niveles de confianza.

En los siglos xvi y siguiente circulan por todo el espacio asiático de las especias y la seda las preciosas monedas de oro y plata acuñadas en Venecia, en Génova, en Florencia y, más tarde, las célebres piezas españolas de a ocho. Esas monedas salen por el Este del circuito mediterráneo, a pesar de la paciencia, el trabajo y la habilidad que muchas veces han sido necesarios para obtenerlas. Visto a grandes rasgos, el Mediterráneo se nos aparece como una máquina de recolectar metales preciosos, de los que, por lo demás, nunca dispone en cantidad suficiente. Los ahorra para acabar desprendiéndose de ellos en beneficio de la India, de la China o de Oceanía <sup>68</sup>.

Es evidente que Europa no acumulaba metales preciosos. Ha habido ya intentos de calcular el volumen de riqueza que entraba en Asia vía Europa y directamente desde América (por vía de Acapulco y Manila) <sup>69</sup>. La plata circulaba por innumerables canales —Rusia, el Levante, el Cabo, Acapulco, etcétera—, frecuentemente sin dejar huella. Es imposible un cálculo preciso. Pero los historiadores nos dicen que había numerosos países europeos que disponían de poca o ninguna moneda a fines del siglo xvi: Italia, Rusia, Suecia, Inglaterra y la misma España <sup>70</sup>. Las monedas de vellón y papel prevalecieron en el siglo xvii. No es en modo alguno imposible que hubiera menos

<sup>67</sup> Wallerstein, 1974a, p. 213.

<sup>68</sup> Braudel, 1972, vol. I, p. 464.

<sup>69</sup> El cálculo de Vilar (1976, p. 101) del déficit europeo-oriental (64.300 kilos de plata anuales) es más bajo que el de Parker (1974, p. 529; 1979a, p. 44), 80.000 kilos anuales hacia 1600. Vilar nos recuerda que el producto total europeo de plata podía ser escaseante de 20.000 kilos al año al finalizar el siglo xvi. La mayor parte de la plata era, por consiguiente, plata americana, en forma de piezas de a ocho españolas.

<sup>70</sup> Cipolla (1955); Blum (1956, p. 198); Hammarström (1957, pp. 147, 154); Brenner (1961, p. 228; 1962, p. 278); Ramsey (1971, p. 7); Doughty (1975, p. 187); Flynn (1978, pp. 393-402).

plata amonedada en Europa al final de la revolución de precios que antes de los descubrimientos. Esta es una posibilidad interesante a la vista de la distinción de Wallerstein entre Periferia (América) y «arena exterior» (Lejano Oriente):

De haberse dirigido *todos* los metales preciosos americanos hacia Asia, las Américas no habrían sido sino otra arena exterior [es decir, no Periferia] y Europa habría sido simplemente el eje de tres arenas —América, Europa y Asia—, obteniendo los productos de lujo asiáticos al precio de productos enviados a América<sup>71</sup>.

China parece haber sido la destinataria de la mayor parte de la plata. El capitalismo europeo se desarrolló sin acumulación de plata.

La España del siglo xvi es difícilmente clasificable. Para Wallerstein, sólo existen dos tipos de sistemas mundiales: «imperios-mundo» y «economías-mundo». El primero (como China) se caracteriza por «un único sistema político sobre la mayor parte del área», mientras que el segundo es de tal índole que «tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente toda su extensión»<sup>72</sup>. España es una anomalía, en términos wallerstenianos, porque, según él, es tanto un Imperio (como China) como parte de la economía-mundo europea.

Una ventaja del moderno sistema-mundo europeo, se nos dice, es su flexibilidad administrativa. La principal desventaja del imperio es que el excedente extraído se dilapida en un pantano burocrático.

España era un Imperio, cuando lo que hacía falta en el siglo xvi era un Estado de tamaño medio. Su burocracia resultaba inadecuada, porque la España imperial requería una burocracia mayor de la que podía construir dados sus recursos, humanos y financieros<sup>73</sup>.

<sup>71</sup> Wallerstein, 1980, p. 109.

<sup>72</sup> Wallerstein, 1974a, p. 348.

<sup>73</sup> Wallerstein, 1974a, p. 179. Wallerstein habla también de «imperios» dentro de una economía-mundo, como algo distinto a «imperios-mundo». En su tratamiento de la Península Ibérica, sin embargo, se dice que el «Imperio» español sucumbió al destino de los «imperios-mundo» al ahogarse en un mar burocrático. Los imperios en decadencia son absorbidos en la órbita de un sistema-mundo: «Ahora, por vez primera, [posteriormente a 1450] una economía-mundo se encontraba en expansión y estaba incorporando imperios-mundo, momento en que éstos cesaban de ser imperios-mundo para convertirse en sim- ples Estados situados en el interior de la economía-mundo capitalista» (Wallerstein, 1981, p. 234). Según Wallerstein, las mismas potencias europeas del Centro se convirtieron en una especie de «imperios»: «Por otra parte, los llamados imperios del siglo xix, como Gran Bretaña y Francia, no eran de ningún modo imperios-mundo, sino Estados-nación con apéndices coloniales que operaban dentro de la estructura de una economía-mundo»

Dos motivos se ofrecen para excluir a la China imperial de la economía-mundo europea e incluir a España: 1) el comercio europeo no alteró fundamentalmente el sistema asiático, y 2) los productos asiáticos no eran «esenciales para el uso cotidiano»<sup>74</sup>, como los metales españoles. El punto segundo es problemático porque la pimienta «no era totalmente un lujo; ni siquiera lo eran las especias, ya que resultaban esenciales para la conservación de la comida y como medicina... [acaso] la pimienta no era un lujo, sino una semi-necesidad...»<sup>75</sup>. Por lo visto, la pimienta era más «esencial para uso cotidiano» que la plata (no obstante las afirmaciones contrarias de Wallerstein), ya que los europeos cambiaban su plata por pimienta y especias. Las dificultades aumentan cuando consideramos la extracción de excedentes dentro del Imperio español:

Un imperio no puede ser concebido como un empresario, a diferencia de un Estado en una economía-mundo. Ya que un imperio pretende ser una totalidad. No puede enriquecer su economía a expensas de otras economías, dado que es él la única economía<sup>76</sup>.

España no era, después de todo, un Imperio. Se obtenían excedentes de las minas americanas, pero la realización de beneficios exigía que se vendiera el metal blanco al resto del mundo. España debió ser el país menos autónomo de Europa. España no pudo haber sido el «Imperio» de Wallerstein.

Si hubiera existido un «limbo» de la economía-mundo, España sería su ocupante. Estaba, sin duda, destinada a descender, más que a elevarse: «España empezó por este camino [mano de obra libre, Centro, etc.], para después abandonarlo y convertirse en parte de la semiperiferia»<sup>77</sup>. La caracte-

(Wallerstein, 1974c, p. 391). «Imperio del siglo XIX» equivale, para Wallerstein, a «Estado mercantilista»: «Fue la recesión de 1650-1730, que alcanzó a todo el sistema, lo que consolidó la economía-mundo europea e inició la segunda etapa de la moderna economía-mundo. Pues la recesión obligó al ahorro, y el descenso en excedente relativo sólo dejó margen para la supervivencia de un Estado central. El modo de luchar fue el mercantilismo, que fue un mecanismo para el aislamiento y la retirada parciales del mercado mundial de grandes áreas, en sí mismas jerárquicamente estructuradas, es decir, imperios dentro de la economía-mundo (que es muy distinto a imperios-mundo)» (Wallerstein, 1974c, p. 407). No queda claro por qué la España imperial no pueda ser considerada como entidad mercantilista, una «nación-Estado con apéndices coloniales», como Gran Bretaña o Francia. Dentro de las fronteras españolas se encontraban algunos de los mejores pensadores mercantilistas de los siglos XVI y XVII (Grice-Hutchinson, 1952). Y, también, ¿por qué la Inglaterra y la Francia imperiales no decayeron debido al peso de la administración, como se dice ocurrió en España? Wallerstein afirma que éstos eran «imperios dentro de una economía-mundo...».

<sup>74</sup> Wallerstein, 1974a, p. 302.

<sup>75</sup> Wallerstein, 1974a, p. 333.

<sup>76</sup> Wallerstein, 1974a, p. 60.

<sup>77</sup> Wallerstein, 1974a, p. 108.

rística distintiva de la semiperiferia es el sistema de aparcería, que, aparentemente, estaba tomando fuerza en Francia y el norte de Italia<sup>78</sup>. Pero el mismo Wallerstein cita a Vicens con respecto a la *ausencia* de aparcería en España<sup>79</sup>:

Sin embargo, la situación parece haberse desarrollado de forma distinta en Castilla: «En los siglos XIV y XV, la aristocracia castellana cobra un auge, una importancia tan desmesurada que la convierten en árbitro del Estado. Los nobles castellanos no adoptan una posición defensiva como en los demás reinos occidentales, sino que, al contrario, cambian las dinastías, se apoderan del patrimonio real y hacen del poder un instrumento de sus ambiciones. Este fenómeno se debe a que la realeza no pudo sustentarse en un sólido apoyo municipal. Muchos concejos castellanos fueron partidarios y muchos fueron sometidos por la aristocracia.»

También nos dice que «la semiperiferia iba abandonando la industria (laborada cada vez en mayor medida confiada al centro) y *acercándose* a una relativa autosuficiencia en la agricultura»<sup>80</sup>. Pero es precisamente a fines del siglo XVI cuando un volumen sustancial de grano procedente del Báltico penetra en la cuenca mediterránea<sup>81</sup>. La aparcería no dominaba en la enigmática España, ni tampoco era la Península Ibérica autosuficiente en agricultura. España termina por ser degradada al *status* de «periferia», pero no se dice gran cosa sobre esta fase<sup>82</sup>.

Según Wallerstein, las estructuras estatales son fuertes en el Centro y débiles en la Periferia: «Qué áreas desempeñan los distintos papeles es, en muchos aspectos, cuestión de accidente»<sup>83</sup>. España sufría de debilidad burocrática.

<sup>78</sup> Wallerstein, 1974a, p. 105.

<sup>79</sup> Wallerstein, 1974a, p. 103n.

<sup>80</sup> Wallerstein, 1974a, p. 116.

<sup>81</sup> Malowist, 1958, p. 27; Parker, 1979a, p. 39; Spooner, 1968, pp. 37-38; Braudel y Spooner, 1967, p. 399; Glamann, 1971, p. 467.

<sup>82</sup> Wallerstein, 1974a, p. 196. Los «últimos vestigios del papel semiperiférico de España», aparentemente, desaparecieron en el siglo XVII (Wallerstein, 1974c, p. 408).

<sup>83</sup> Wallerstein, 1974a, p. 355. Esta «interpretación accidental» está también tratada en Wallerstein (1974c, p. 403). Una vez que una zona determinada consigue una cierta ventaja, el sistema tiende a reforzarla. Esto se afirma también con respecto al otro lado: «La causa del subdesarrollo de Polonia había sido su ligero retraso en los comienzos del largo siglo XVI. Es cierto que dicho retraso había sido pequeño. Pero el proceso mismo de desarrollo del capitalismo dentro de una economía-mundo europea, transformó esta tenue diferencia en una gran diferencia» (Wallerstein, 1972, p. 99). «O bien Europa oriental se convertía en panera de Europa, o viceversa. Cualquiera de las dos soluciones habría satisfecho las necesidades de la situación en aquella coyuntura. La *ligera* ventaja determinó cuál de las dos alternativas iba a prevalecer. En este momento, la *ligera* ventaja del siglo XV se convirtió en la gran disparidad del XVII y la monumental diferencia del XIX» (Wallerstein, 1974a, p. 99). Véase también Wallerstein (1974, p. 111).

La causa, en nuestros términos [de la decadencia], parece ser que España no erigió (probablemente porque no podía hacerlo) el tipo de aparato de Estado que habría capacitado a sus clases dominantes para beneficiarse de la creación de una economía-mundo europea, a pesar de la posición central, geográfica y económica de España en esta economía-mundo en el siglo xvi<sup>84</sup>.

Su opinión es contraria a la de este ensayo, en el que se sostiene que la Corona fue bastante eficaz, y desde luego tenaz, en dirigir los beneficios de la minería hacia las arcas de sus agentes y sus partidarios. El propio Wallerstein cita a Geyl, que admira la destreza burocrática de Felipe II (en Holanda): «Fue un notable ejemplo [la creación de obispados] de lo que el monarca podía hacer en orden a la construcción del Estado, y muestra a Felipe como un trabajador diligente en la tradición de su casa»<sup>85</sup>.

En suma, Wallerstein afirma que la entrada de metales preciosos fue decisiva porque creó confianza en el capitalismo. Dicha conclusión es consecuencia de una interpretación errónea de la función del dinero. El descenso en el poder adquisitivo de la plata se define como inflación en un sistema monetario de base plata. Tras la inflación se han de entregar (y recibir) más piezas de plata por cualquier mercancía dada cuyo coste de producción no haya descendido de modo similar. Imaginemos que las autoridades redefinen el sistema de medidas de modo que 3 metros nuevos = 1 metro anterior. Una pieza de tela no nos inspiraría mayor confianza porque su longitud se expresara en «metros nuevos». Además, la utilidad de la plata en Europa era claramente menor que la de las «seminecesidades» asiáticas. El hecho de que la plata circulara regularmente hacia Oriente, a cambio de pimienta y especias, es prueba de ello. Los metales preciosos del Nuevo Mundo no crearon seguridad en el seno del Centro. Eran retransportados, precisamente porque no eran tan ambicionados ni necesitados como los productos asiáticos.

#### IV

En el sistema mundial de Wallerstein no hay lugar para el país más poderoso del siglo xvi. España no era, desde luego, autónoma en el sentido de su concepción del Imperio. No era una zona del Centro de la que brotara el

<sup>84</sup> Wallerstein, 1974a, p. 191.

<sup>85</sup> Wallerstein, 1974a, p. 204n. Es cierto que la «jungla administrativa se estaba haciendo cada vez más intolerable» para todos los Gobiernos de comienzos de la Edad Moderna, pero Felipe II de España está considerado como, quizá, uno de los monarcas más diligentes de toda la historia, «que, en algunas ocasiones, debía sentarse y firmar hasta 400 cartas en un solo día...» (Parker, 1979a, p. 54).

capitalismo. No era semiperiférica por estar fuera del sistema de la aparcería y la autosuficiencia. No era periférica porque no generaba excedentes para el Centro.

España no se convirtió en potencia del Centro, según Wallerstein, porque la burocracia consumía los excedentes (lo cual es normal en el caso de un «imperio»). En este artículo se argumenta, por el contrario, que España extrajo un volumen de excedente sin paralelo. Este fue dilapidado primordialmente en una prolongada acción bélica generalizada, no en la administración. Hay quien afirmaría que la guerra en sí misma estimulaba el capitalismo. Pero tiene más sentido reconocer que la guerra consume recursos. Wallerstein se equivoca en esta cuestión. Dice, en un momento dado, que la guerra animaba la economía «al menos a corto plazo» y «creaba crédito»<sup>86</sup>. El «empresario militar... absorbía buena parte del excedente», pero «hasta cierto punto... los ejércitos se amortizaban a sí mismos... [al crear] más impuestos»<sup>87</sup>. Más adelante, sin embargo, nos dice que Inglaterra «fue capaz de mantener la paz interna, en un período de agitación en el continente, sin un ejército regular, lo que en parte explica su avance industrial»<sup>88</sup>. No se puede sostener al mismo tiempo que la guerra fomenta el desarrollo y que la falta de ella origina también crecimiento. La actividad de mercado relativa al gasto del excedente no debe confundirse con el tipo de actividad que genera el excedente. Los extraordinarios beneficios de España desviaron la producción hacia un tipo de gasto antieconómico. Y, en respuesta a las amenazas de los Austrias, sus adversarios se reestructuraron en modos improductivos. La guerra consumía, antes que creaba, excedente.

El hecho de que el valor de mercado de la plata excediera su coste de producción durante todo un siglo (aunque se redujeron regularmente los beneficios por unidad) suponía claramente una inmensa transferencia de ganancias a la España imperial. Pero ¿benefició la actividad minera al resto de la economía europea? Wallerstein afirma que sí:

la inclusión de la Europa oriental y la América española en una economía-mundo europea, durante el siglo XVI, no sólo proporcionó capital (a través de los botines y altos márgenes de ganancia), sino que también liberó mano de obra en las áreas del centro para su especialización en otras labores<sup>89</sup>.

¿Cómo pudo la actividad minera americana liberar mano de obra para el Centro? De los estudios sobre dinero y desarrollo surge una conclusión contra-

<sup>86</sup> Wallerstein, 1974a, p. 140.

<sup>87</sup> Wallerstein, 1974a, p. 141.

<sup>88</sup> Wallerstein, 1974a, p. 233.

<sup>89</sup> Wallerstein, 1974a, p. 102.

dictoria. Una importante ventaja de la moneda fiduciaria (distinta a la moneda-mercancía) es que su coste de producción es casi inexistente. Un sistema monetario de papel, por ejemplo, libera recursos productivos. Los recursos previamente empleados en las minas pueden producir bienes para la inversión y de consumo: «el coste de oportunidad de la producción de oro (o las exportaciones para comprar oro) es un tipo de producción que deja de ser asequible para el consumo y la inversión»<sup>90</sup>. En el contexto de la América hispana fueron escasos los recursos desviados para la producción de metales preciosos. España intercambiaba plata por mercancías extranjeras. Estos productos —obtenidos a cambio de la plata— exigían un gasto de capital y mano de obra para su producción. Lo que, en efecto, ocurría es que se intercambiaban capital y mano de obra europeos por plata del Nuevo Mundo; éste es otro modo de considerar la obtención española de los beneficios mineros. Los recursos del Centro se consumieron, no se liberaron, en la producción de artículos que se trocaban por plata.

¿No tenía la plata barata ciertas ventajas? Es posible que al ser menos costosa facilitara el chapado en plata de objetos de arte e interiores de iglesias, pero esto no contribuyó demasiado a la industrialización. En cuanto a la función del dinero como patrón de valor monetario (o equivalente universal), el que la plata fuera más barata constituyó simplemente una alteración en «la vara de medir». Es decir, que pagar tres veces más cantidad de plata por algo importa bastante poco cuando la plata se obtiene tres veces más fácilmente. En términos netos, la producción minera desvió recursos de la inversión y de bienes de consumo.

Un corolario fundamental de la hipótesis de extracción del excedente de Wallerstein es que, una vez el capital acumulado, las fuerzas de mercado perpetuarían la desigualdad:

Dado que una economía-mundo capitalista recompensa esencialmente al capital acumulado, incluyendo el capital humano, en mayor medida que la fuerza de trabajo «en bruto», la mala distribución geográfica de estas cualificaciones ocupacionales posee una fuerte tendencia hacia su automantenimiento. Las fuerzas del mercado la refuerzan en vez de minarla. Y la ausencia de un mecanismo político central en la economía-mundo hace muy difícil la introducción de fuerzas capaces de contrarrestar la mala distribución de beneficios<sup>91</sup>.

---

<sup>90</sup> Stein, 1970, p. 85.

<sup>91</sup> Wallerstein, 1974a, p. 350.



Una vez lograda, la riqueza no crea riqueza bajo el capitalismo. Una vez más, la España imperial fue una excepción. El sostenido incremento de la producción de plata mundial hizo descender su valor de mercado hacia el coste de producción americano. Los beneficios fueron eliminados por las fuerzas de mercado, llevando a España a la decadencia (no al automantenimiento). En todo caso, el excedente del Nuevo Mundo no fue invertido en formas remunerativas. Fue derrochado, no cosechó ninguna utilidad económica, y fue autoeliminadorio.

La dificultad subyacente al análisis de Wallerstein es que emplea un marco de trabajo teórico de tipo marxista (extracción de excedente, explotación, conflicto de clases, etc.) sin adoptar una fundamental distinción marxista. Marx separa con gran cuidado la «esfera de producción» de la «esfera de circulación». El excedente se crea solamente en la esfera de producción; no se crea ni se transfiere en la esfera de circulación. Es éste un importante aspecto de Marx <sup>92</sup>:

Capital mercantil es simplemente un capital que opera en la esfera de circulación. El proceso de circulación es una fase del proceso total de reproducción. Pero en el proceso de circulación no se genera valor alguno. De hecho, no ocurre nada en aquél más allá de la metamorfosis de los productos, y esto no guarda ninguna relación, como tal, con la creación o el intercambio de valores. Si la venta de mercancías producidas rinde excedente, se debe exclusivamente a que ya existía en ellas.

España y sus representantes controlaban la esfera de producción minera americana en el siglo XVI. Los que dirigían la producción obtenían superbeneficios. Los beneficios se originaban cuando la plata era intercambiada por productos extranjeros, pero dichos beneficios se generaban en la esfera de producción. Cuando se intercambiaba plata del Nuevo Mundo por bienes del Centro europeo noroccidental, ambas partes deben haber obtenido ganancia; de otra forma no se hubiera dado semejante intercambio voluntariamente. No es posible saber qué parte gana más en el simple acto de intercambio. Pero sí podemos tener la certeza de que no se generaba o transfería excedente al-

<sup>92</sup> Marx, 1967, vol. III, p. 279. «Cuando hay elementos de dos "sistemas-mundo" diferenciados [como Europa y China] que se dedican a un intercambio de objetos preciosos... Ambas partes del intercambio pueden obtener una ganancia abundante y súbita simultáneamente, pero sólo una de ellas puede lograr el máximo beneficio, puesto que el intercambio de excedente dentro de un sistema constituye un juego de producto cero» (Wallerstein, 1974c, p. 398). El error aquí vuelve a estar en que el excedente no se intercambia en modo alguno en el mundo de Marx; el excedente, ya incorporado en la mercancía, se realiza a través del intercambio.

guno, en el sentido marxista, cuando la plata se trocaba por productos del Centro<sup>93</sup>.

Los beneficios de las minas americanas formaron la base fiscal del Imperio. Con el tiempo, acabaron por erosionarse los superbeneficios, pero financiaron una guerra generalizada a lo largo de un siglo. Los recursos fueron malgastados en una escala prodigiosa. Los enemigos de los Austrias también dirigieron sus recursos hacia la guerra improductiva. No sólo surgió el capitalismo en el Centro sin el excedente del Nuevo Mundo, sino que surgió a pesar de la producción minera.

---

<sup>93</sup> Parece que, recientemente, Wallerstein se aleja de la importancia que anteriormente concedió a la cuestión de la extracción del excedente: «el tener plata para la exportación era una ventaja adquirida [por parte de los holandeses] mediante su eficacia productiva en el transporte y la industria textil, que les permitía obtener plata de los españoles y otros» (Wallerstein, 1980, p. 53). La siguiente afirmación es ambigua: «Quede claro que lo que aquí estoy examinando *no* es en qué medida contribuyó la explotación de la mano de obra en el Caribe a la acumulación de capital en Inglaterra; la cuestión es cómo afectaron los conflictos internos en los estratos burgueses a las formas en que fue distribuido el excedente entre ellos y posteriormente canalizado desde la Periferia hacia el Centro» (Wallerstein, 1980, pp. 167-168). Parece que se ha colocado el carro delante del caballo. No se puede entender la distribución del excedente si falta una teoría adecuada sobre su predecesor: la producción del excedente.

BIBLIOGRAFIA

- BAKEWELL, Peter: *Silver Mining & Society in Colonial Mexico: Zacatecas 1546-1700*, Cambridge: Cambridge University Press, 1971.
- BLUM, Jerome: «Prices in Russia in the Sixteenth Century», *Journal of Economic History*, 16 (junio 1956), pp. 182-199.
- BRAUDEL, Fernand: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols. Traducido por Siân Reynolds, Nueva York: Harper & Row, 1972. (Las citas provienen de la versión española: FCE, México.)
- BRAUDEL, Fernand, y SPOONER, Frank: «Prices in Europe from 1450 to 1750», en *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. 4: *The Economy of Expanding Europe in the 16th and 17th Centuries*, pp. 374-486. Editado por E. E. Rich y C. H. Wilson, Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- BRENNER, Robert: «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review*, 104 (julio 1977), pp. 25-92.
- BRENNER, Y. S.: «The Inflation of Prices in Early Sixteenth Century England», *Economic History Review*, 14 (diciembre 1961), pp. 225-239.
- «The Inflation of Prices in England, 1551-1650», *Economic History Review*, 15 (diciembre 1962), pp. 266-284.
- CARANDE, Ramón: *Carlos V y sus banqueros*, vol 1: *La vida económica de España en una fase de su hegemonía, 1516-1556*, 2.ª ed., Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1965.
- CHAUNU, Pierre: *Conquête et exploitation des nouveaux mondes (XVI siècle)*, París: Presses Universitaires de France, 1969.
- CIPOLLA, Carlo M.: «La prétendue 'révolution des prix': réflexions sur l'expérience italienne», *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 10 (1955), pp. 513-516.
- DAVIS, Lance E., y HUTTENBACK, Robert: «The Political Economy of British Imperialism: Measures of Benefits and Support», *Journal of Economic History*, 42 (marzo 1982), pp. 119-130.
- DAVIS, Ralph: *The Rise of the Atlantic Economies*, Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1973.
- DOUGHTY, Robert A.: «Industrial Prices and Inflation in Southern England, 1401-1640», *Explorations in Economic History*, 12 (1975), pp. 177-192.
- ELLIOTT, John H.: «The Decline of Spain», *Past and Present*, núm. 20 (noviembre 1961), pp. 52-75.
- FELIX, David: «Profit Inflation and Industrial Growth: The Historic Record and Contemporary Analogies», *Quarterly Journal of Economics*, 70 (agosto 1956), pp. 441-463.
- FLYNN, Dennis O.: «A New Perspective on the Spanish Price Revolution: The Monetary Approach to the Balance of Payments», *Explorations in Economic History*, 15 (octubre 1978), pp. 388-406.
- «Fiscal Crisis and the Decline of Spain (Castile)», *Journal of Economic History*, 42 (marzo 1982), pp. 139-147.
- «Sixteenth Century Inflation from a Production Point of View», en Edward Marcus (ed.): *Inflation Through the Ages: Economic, Social, Psychological and Historical Aspects*, Brooklyn: Brooklyn College Press, 1982 (en prensa).
- FRANK, André Gunder: «The Development of Underdevelopment», en el mismo (ed.): *Latin America: Underdevelopment or Revolution*, Nueva York: Monthly Review Press (1st Modern Reader Paperback ed.), 1970, pp. 3-17.
- GALBRAITH, John K.: *Money: Whence it Came, Where it Went*, Boston: Houghton Mifflin, 1975.
- GEORGE, C. H.: «The Origins of Capitalism: A Marxist Epitome and A Critique of Immanuel Wallerstein's Modern World-System», *Marxist Perspectives* (verano 1980), págs. 70-100.
- GLAMANN, Kristof: «European Trade, 1500-1700», en *The Fontana Economic History of*

- Europe*, editado por Carlo M. Cipolla, pp. 427-526, vol. 2: *The Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Glasgow: William Collins Sons & Co. Ltd., 1971.
- GRICE-HUTCHINSON, Marjorie: *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory 1544-1605*, Oxford: Clarendon Press, 1952.
- HAMMARSTRÖM, Ingrid: «The Price Revolution of the Sixteenth Century: Some Swedish Evidence», *Scandinavian Economic History Review*, 5 (1957), pp. 118-154.
- HUNT, Verl F.: «The Rise of Feudalism in Eastern Europe: A Critical Appraisal of the Wallerstein World-System Thesis», *Science and Society*, 42 (1978), pp. 43-61.
- ISRAEL, J. I.: «Debate: The Decline of Spain: A Historical Myth», *Past and Present*, núm. 91 (mayo 1981), pp. 170-80.
- KAMEN, Henry: *The Iron Century: Social Change in Europe 1550-1660*, Londres: Sphere Books Ltd. (Cardinal revised ed.), 1976.
- «A Rejoinder», *Past and Present*, núm. 91 (mayo 1981), pp. 181-85.
- KELLENBENZ, Herman: «The Impact of Growth on Government: The Example of Spain», *Journal of Economic History*, 27 (septiembre 1967), pp. 340-62.
- KOENIGSBERGER, Helmut: «The Empire of Charles V in Europe», en *The New Cambridge Modern History*, vol. 2: *The Reformation 1520-1559*, pp. 301-33. Editado por G. R. Elton, Cambridge: Cambridge University Press, 1958.
- LACLAU, Ernesto: «Feudalism and Capitalism in Latin America», *New Left Review*, núm. 67 (mayo-junio 1971), pp. 19-38.
- LANG, James: «In Search of the World-System», *Contemporary Sociology*, 11 (mayo 1982), pp. 260-263.
- MALOWIST, Marian: «Poland, Russia and Western Trade in the 15th and 16th Centuries», *Past and Present*, núm. 13 (abril 1958), pp. 26-41.
- MARX, Karl: *Capital*, 3 vols., Nueva York: International Publishers, 1967.
- MAURO, Frédéric: «Le temps du monde pour Fernand Braudel», *Itinerario*, V (1981), 2, pp. 44-52.
- MEYER, John W.: «Political Structure and the World Economy», *Contemporary Sociology*, 11 (mayo 1982), pp. 263-266.
- MORINEAU, Michel: «Des métaux précieux américains au XVIII<sup>e</sup> siècle et leur influence», en H. Kellenbenz (ed.): *Precious Metals in the Age of Expansion: Papers of the XIVth International Congress of the Historical Sciences*, Klett-Cotta, 1981, pp. 243-264. [Reimpreso para *Annales ESC*, núm. 3 (1968), pp. 178-205.]
- NADAL OLLER, Jorge: «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI», *Hispania*, 19 (1959), pp. 503-29.
- NEF, John U.: «Prices and Industrial Capitalism in France and England, 1540-1640», *Economic History Review*, 7 (noviembre 1936), pp. 155-185.
- O'BRIEN, Patrick: «European Economic Development: The Contribution of the Periphery», *Economic History Review*, 2.<sup>a</sup> ser., 35 (febrero 1982), pp. 1-18.
- OUTH WAITE, R. B.: *Inflation in Tudor and Early Stuart England*, Londres, Melbourne y Toronto: Macmillan, 1969.
- PARKER, Geoffrey: *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659*, Cambridge: Cambridge University Press, 1972.
- *Europe in Crisis 1598-1648*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1979a.
- «War and Economic Change: The Economic Costs of the Dutch Revolt», en G. Parker (ed.): *Spain and the Netherlands, 1559-1659: Ten Studies*, pp. 178-203, 266-275, Glasgow: William Collins Sons & Co. Ltd., 1979b.
- PIKE, Ruth: «The Genoese in Seville and the Opening of the New World», *Journal of Economic History*, 22 (septiembre 1962), pp. 348-78.
- RAMSEY, Peter: *The Price Revolution in Sixteenth-Century England*, Londres: Methuen & Company, 1971.
- RUIZ MARTÍN, Felipe: «Crédito y banca, comercio y transportes en la etapa de capitalismo mercantil», *Actas de la I Jornada de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Universidad de Santiago de Compostela, 1973, pp. 725-749.
- SPOONER, Frank: «The Economy of Europe, 1559-1609», en *The New Cambridge Modern History*, vol. 3: *The Counter Reformation and the Price Revolution 1559-1610*, pá-

- ginas 14-43. Editado por R. B. Wernham. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.
- STEIN, Jerome: «Monetary Growth Theory in Perspective», *American Economic Review*, 60 (marzo 1970), pp. 85-106.
- SWEETZ, Paul: «The Transition from Feudalism to Capitalism», *Science and Society*, 14 (primavera 1950), pp. 134-157.
- et al.: *The Transition from Feudalism to Capitalism*. Londres: Unwin Bros. (Verso edition), 1978.
- SZÁSZDI, Adam: «Preliminary Estimates of Gold and Silver Production in America», en Hermann Kellenbenz (ed.): *Precious Metals in the Age of Expansion: Papers of the XIVth International Congress of the Historical Sciences*, Klett-Cotta, 1981, pp. 151-224.
- TANDEFER, Enrique: «Forced and Free Labour in Late Colonial Potosí», *Past and Present*, núm. 93 (noviembre 1981), pp. 98-136.
- VILAR, Pierre: *A History of Gold and Money 1450-1920*, Londres: NLB, 1976. (Las citas provienen de la versión española: *Oro y moneda en la Historia*, Barcelona: Ariel, 1969.)
- WALLERSTEIN, Immanuel: «Three Paths of National Development in Sixteenth-Century Europe», *Studies in Comparative International Development*, 7 (verano 1972), páginas 95-101.
- *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York: Academic Press, 1974a. (Las citas provienen de la versión española: *El moderno sistema mundial*, Madrid: Siglo XXI, 1974.)
- «Dependence in an Interdependent World: The Limited Possibilities of Transformation within the Capitalist World Economy», *African Studies Review*, 17 (abril 1974), pp. 1-26.
- «The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis», *Comparative Studies in Society and History*, 16 (septiembre 1974c), pp. 387-415.
- «From Feudalism to Capitalism: Transition or Transitions», *Social Forces*, 55 (diciembre 1976), pp. 273-282.
- *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Nueva York: Academic Press, 1980.
- «The Development of the Modern World-System in the Long Sixteenth Century-Basic Concepts», en H. Kellenbenz (ed.): *Wirtschaftskräfte und Wirtschaftswege V*, Klett-Cotta, 1981, pp. 229-235.